

La joroba de los perdedores*

Está en mi memoria aquel prólogo a los aforismos de Lichtenberg que escribiera Juan Villoro (México, 1956) para los breviarios del FCE. Era la primera vez que me acercaba a su escritura y fue para mí una revelación doble. Por un lado descubrí el universo fragmentado y lucidísimo de Lichtenberg y por otro descubrí a un prologuista de excepción que lograba a través de una prosa dinámica y envolvente un acercamiento afectivo y a la vez erudito de su objeto de estudio. Con los años advertí que mi experiencia de aquella lectura era compartida con muchas otras personas y hoy por hoy creo, sin equivocarme, que aquel texto con nombre de poema de Edmond Jabés «La voz en el desierto» es un faro y una referencia notable en el universo paraliterario, automarginado y siempre atractivo de los prólogos. Con el tiempo supe que Juan Villoro practicaba con gran acierto la crónica periodística y mi primera impresión no fue la sorpresa ni el extrañamiento sino más bien la confirmación de una sospecha el escritor de «La voz en el desierto» no podía ser únicamente un estudioso, un «germanista», incluso no podía ser únicamente un

narrador a secas. Su sensibilidad literaria bebía de muy diversas fuentes y su manera de acercarse a la realidad y construirla era verdaderamente poliédrica: erudición y biografismo, amplia cobertura temática y lirismo, aunque no explícito, sí potente. En poco tiempo Juan Villoro se convirtió en un autor prolífico y entre sus entregas se cuentan dos novelas *El disparo de Argón* y *Materia dispuesta*, los libros para niños *El profesor Zípper* y *la fabulosa guitarra eléctrica* y *Autopista sanguijuela*, y el volumen de crónicas titulado *Los once de la tribu*.

Con *La casa pierde* (Alfaguara, 2000) Juan Villoro vuelve a la narración breve que había dejado atrás en libros anteriores como *Albercas* o *La noche navegable*. Ganador del premio mexicano «Xavier Villaurrutia», *La casa pierde* es un conjunto de diez relatos que si algo tienen en común es su visión de la pérdida y la interacción de personajes cuyo desgaste cotidiano es el de conocerse y sorprenderse así mismos. Un campeón de boxeo y su amigo periodista, un joven de la ciudad que se pierde en el desierto en busca de peyote, el apoderado de un equipo de fútbol

* *La casa pierde*, Juan Villoro, Alfaguara, 2000.

de segunda, un profesor mexicano invitado por la Universidad de New Haven: personajes siempre insertados en circunstancias que intentan un equilibrio entre el *continuum* rutinario de sus vidas y la inminente catástrofe emocional. Porque las vidas de los personajes de Villoro son terriblemente trágicas en su aparente normalidad y esto hace que su intimidad sensible sea una especie de magma que subyace a lo largo de la lectura y que nunca llega a estallar o manifestarse plenamente. Esto —que no es un *handicap* sino todo lo contrario— permite que los relatos mantengan una contención y una energía interna que no llega a traducirse en *suspense*, pero sí en una dolencia crónica y subcutánea. De ahí que los dos cuentos que más llamaron mi atención «Campeón ligero» y «Planeta prohibido» sean, en el fondo, la incubación de una dilatada y minuciosa dolencia emocional. El periodista deportivo y amigo del *Campeón ligero*, invierte muchos años en una relación amistosa que en el fondo es un callejón sin salida. El profesor mexicano de *Planeta Prohibido* aparentemente siempre rodeado de amigos y familiares, encuentra en su visita a New Haven el signo de su prolongada soledad. Esto no determina, sin embargo, una escritura de corte

exclusivamente pesimista, aunque sus deudas y afinidades con Juan Carlos Onetti sean visibles. Más que pesimistas estos cuentos de Juan Villoro juegan con el nivel de esperanzas de sus personajes. No hay un hundimiento definitivo pero tampoco se revela la felicidad más que en la memoria. Conscientes de que la vida es un entramado de oscuros lazos afectivos, de secretos inconfesables, los personajes de *La casa pierde* se sumergen en su propia soledad en busca, no de un único refugio posible, sino de un destino inevitable. De ahí que estos relatos parecen carecer de una estrategia rigurosa, de un visible hilo conductor, y dejen llevarse por la corriente de los afectos en juego, determinando éstos los encadenamientos cronológicos y argumentales de cada una de las historias. Practicante de un sutil sentido del humor (en realidad su humor casi no da risa y se resuelve en una mezcla de crueldad y compasión), Juan Villoro ensaya sus historias con buena pluma y nos entrega un libro donde los perdedores igual que Georg Christoph Lichtenberg, evitan darnos la espalda para que no veamos sus jorobas.

Gustavo Valle